

Antropologías latinoamericanas: ¿un álbum de los recuerdos o las raíces de nuestro quehacer?¹

ROSANA GUBER

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

INSTITUTO DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL (CIS-IDES)

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS (CONICET)

ARGENTINA

Correo electrónico: guber.rosana@gmail.com

DOSSIER

Imaginemos una galería de fotos. Son hombres y mujeres, algunos explícitamente contemporáneos, otros visiblemente antiguos. Lo sabemos por la actitud, la toma, el fondo y el color, el encuadre, el peinado, la vestimenta, la actitud y el gesto del retratado.

Caminamos por esa galería pero no sabemos quiénes son o quiénes fueron. Tampoco de qué país provienen y cuál fue su contribución a este mundo. Ni siquiera sabemos si están vivos.

Ahora, aprovechando la sustanciosa serie *The Crown* (Netflix) que muchos hemos visto en este año de encierro, pasamos al palacio de Buckingham y acompañamos a la futura reina Elizabeth II, acabando su brevísima infancia. Su tutor la guía por la casa-palacio y le habla de cada pintura, donde observa, desde su siglo, su ubicación y su marco, una cadena de ancestros con sus realizaciones, sus tiempos de vida y, sobre todo, con sus posiciones en la genealogía de la cual Elizabeth Regina será, por mucho tiempo, su último eslabón.

Finalmente, supongamos que alguien nos presenta las fotos de los hombres y mujeres que nos precedieron en las antropologías de nuestros países: ¿Radcliffe-Brown, Malinowski, Mauss, Boas? No. Más bien gente como esta:

1 En esta intervención estamos usando el sistema de referencia Chicago autor-fecha.



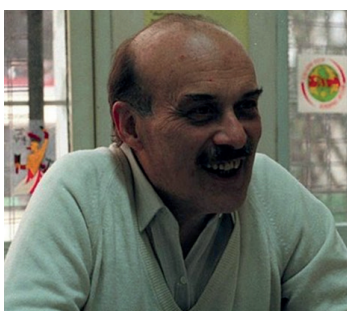
1



2



3



4

Gente mayor y de otras épocas.

De pronto uno de nosotros cree reconocer al hombre de anteojos o a la mujer de cuello rojo que frunce los labios, e infiere que se trata de antropólogos nacidos en alguno de los países que se cobijan bajo el nombre de América Latina, congregados en el VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología.

¿Para qué mostrar estas fotos de colegas nuestros en un conversatorio acerca de las antropologías del sur, siguiendo la terminología que nos regaló Esteban Krotz en 1993? Para sembrar una molestia, llamarnos la atención o generar la siempre sanitaria sospecha de nuestra propia ignorancia. Ciertamente, una reveladora ignorancia.

En efecto, quien esto escribe presentó en aquel conversatorio en una presentación en *Power Point* con 30 fotos de hombres y mujeres ya fallecidos, que practicaron distintas formas de la antropología cultural o social durante el siglo xx. Todos ellos hicieron notables contribuciones a través de la investigación, la docencia, la

gestión institucional, la reflexión y la creatividad teórica, y todos basaron sus investigaciones en el trabajo de campo y en el género textual etnográfico. ¡Igual que nosotros que, por lo general, no los conocemos! Igual que nosotros que los tuvimos de docentes, pero a los que no reconocemos como intelectuales y pares de los colegas norteamericanos o franceses. Así, a la hora de explicar y de encuadrar los fenómenos que estudiamos, formular un problema de investigación y diseñar el «estado del arte», esta galería de mujeres y hombres latinoamericanos que nuestro subcontinente ha donado a la antropología global cede los puestos más destacados en nuestros escritos a las figuras de Michel Foucault, Tim Ingold, Eric Wolf, George Marcus, Jacques Derridá, Pierre Bourdieu, Gilles Deleuze... quizás a algunos indios de moda; Arjun Appadurai, Partha Chaterjee o Veena Das.

¿A qué se debería nuestro desconocimiento de los colegas regionales, e incluso de los nacionales?

Seguramente a muchísimas razones. Aunque habría que estudiarlo seriamente, podríamos pensar en varias líneas de indagación. Los jóvenes, por ejemplo, podrían responder que no se los hemos enseñado. Quienes somos sus docentes, a sabiendas de nuestra responsabilidad en el asunto, contestamos que no nos da el tiempo, y que apenas alcanzamos a cumplir con el programa de los clásicos. También argumentamos que nuestros maestros locales «perdieron vigencia» y que sus aportes «ya fueron superados». Además, «las agendas» de hoy son muy distintas a las de antaño y, probablemente, pensemos y no digamos que mejor no enseñar a quienes protagonizaron trifulcas o facciones contrapuestas. Complementariamente, y para zanjar enemistades locales, volvemos a recurrir a los clásicos de la antropología –un Mauss, un V. Turner, un Boas, un Godelier– porque no debemos aislarnos en el vano y contraproducente nacionalismo académico. Somos «antropologías del sur», sí, pero no estamos encerrados en la ignorancia de nuestros confines ni somos impermeables a las influencias provenientes del norte y del sur «global». De hecho, uno de los argumentos más contundentes en defensa de lo que venimos haciendo es que la antropología no puede seguir

una perspectiva naciocéntrica, porque el conocimiento científico es universal.

Todo esto decimos, argumentamos, señalamos y sostenemos. Pero este tipo de respuestas es fácilmente rebatible o, al menos, relativizable. Ciertamente, no estamos sugiriendo abandonar a los clásicos ni levantar un muro a lo largo del río Bravo. Solo que resulta muy llamativo que en una reunión de antropólogos latinoamericanos, bajo la advocación de la antropología comprometida, colaborativa, militante, propia y del sur, se llegue al colmo de no mencionar como contribuyente teórico ni a un solo colega de la región convocada. Una cosa es cerrarse a la influencia externa y otra, muy distinta, es que solo nos valgamos de extranjeros para pensar nuestras realidades socio-culturales (incluyendo, claro, a nuestra antropología).

Si así fuera, debiéramos advertir que las cosas no siempre funcionaron de este modo. Aunque la versión actual de la disciplina pueda identificarse con la generada en «el norte», los colegas de otros tiempos circulaban, casi indistintamente, por antropólogos latinoamericanos y euro-norteamericanos, aunque les daban preferencia a los primeros. Y cuando escribían sus tesis doctorales (por ejemplo, para Oxford, La Sorbona o Chicago) se dirigían a sus profesores del norte tanto como a sus colegas del sur, porque querían incidir en varios campos, fueran estrictamente académicos o ligados al desarrollo. Quienes se formaban en el exterior –y esto era muy común, particularmente en los 60-70 en antropología social– regresaban a debatir en sus propios países para incidir en ellos. No buscaban rebatir a Alain Touraine; era Touraine quien leía con sumo interés a los latinoamericanos.

La agenda consistía en transformar o, al menos, reformar, mejorar, contener, acompañar a los «sujetos de estudio» que en aquellos tiempos denominaban «informantes». Sus debates eran fácilmente recuperables para las organizaciones políticas y sociales porque hablaban su mismo idioma o jerga, no sólo su misma lengua. Aquellos investigadores no hablaban ni escribían con corrección política. Simplemente no abandonaban su posición de investigadores de las realidades en las que querían incidir. Las

conocían sobradamente por haber desarrollado en ellas el ejercicio distintivo de la antropología, el trabajo de campo etnográfico. Por ejemplo, los primeros antropólogos sociales argentinos, casi todos con doctorados en Inglaterra, Francia y EE.UU., se ocuparon de los productores de *commodities* fuera de la Pampa húmeda. Sus trabajos de campo se desarrollaban en zonas cálidas, buenas para la yerba mate y el té, la caña de azúcar y el algodón. Sus principales interlocutores no eran Eric Wolf y Sidney Mintz, que entendían bastante al respecto (especialmente Mintz con sus trabajos sobre el azúcar), sino el naciente grupo de antropólogos sociales del Museo Nacional de Río de Janeiro, cuya área de trabajo era el Nordeste brasileño. Moacir Palmeira, Lygia Sigaud, la cordobesa Beatriz Alasia de Heredia y José Sergio Leite Lopes eran algunos de ellos. Por razones de parentesco (y de academia), Eduardo Archetti discutía con los noruegos latinoamericanistas, el grupo en el que se inscribía su compañera Kristi-Anne Stolen y su colega Marit Melhuus. Las discusiones eran muy similares en el norte de Europa y en América Latina (ver Guber 2019 para una semblanza de la academia noruega de los tempranos 70). Nuestras agendas eran tan potentes que Esther Hermitte (1970, 1972/2020), la primera antropóloga social argentina por titulación y práctica, formada en Chicago entre 1958 y 1964, regresó a la Argentina en 1965 y se dedicó a los pequeños productores de pimentón y tejidos de lana de camélidos del noroeste argentino, dejando atrás (siempre relativamente) sus estudios doctorales sobre el nahualismo chiapaneco. Así, el nuevo campo de debates se le impuso a su previo interés en el proyecto Chicago-Chiapas. Eran los tiempos de la «economía política», la perspectiva desde la cual podía comprenderse la sociedad y la cultura desde su organización productiva y dinámica de clases. Y Esther se sumó a ella.

Las agendas van cambiando debido a múltiples factores. Así ocurrió entre los años 80 y los 90 con el advenimiento de «los posmodernos». Pero por alguna razón ese cambio significó la sustitución de paradigmas y también de escuelas. Desde la perspectiva de antropólogos de mediana edad de las academias norteamericanas, el debate posmoderno coincidió con la caída del bloque euro-oriental

y la transformación del lugar de China en el mundo. Quizás en nuestros países adoptamos los postulados de «los posmo» sin examinar si, efectivamente, podían articularse (y cómo) con nuestras propias realidades y nuestros propios debates (¿la etnohistoria de John Murra y sus pisos ecológicos le deben algo a la antropología multisituada de George Marcus?).

La escasa enseñanza sobre los colegas latinoamericanos «por falta de tiempo» en el ciclo lectivo universitario plantea interesantes reflexiones. En América Latina hay varios cursos e incluso uno que otro posgrado en antropología latinoamericana o en la antropología de tal o cual país. Mucho menos corrientes son los cursos de teoría antropológica que enseñen de manera agregada y articulada en una misma unidad la teoría clásica y las formas de hacer antropología en alguno de nuestros países. Una vez escuché a Beatriz Alasia, a quien en la Argentina conocíamos como Beatriz Heredia, sugerir que la enseñanza de teoría antropológica sería más útil si se aplicaba a problemas antropológicos (por ejemplo, el campesinado, el poder, el cambio socio-cultural, etc.). También la escuché lamentarse de cómo las antropologías latinoamericanas corrimos el riesgo de convertirnos en «repetidoras» de las antropologías del norte (como sucede con algunas radios locales que reproducen programas de radio centrales).

Es evidente cómo los teóricos que se enseñan y que empleamos una y otra vez para definir nuestros problemas de investigación no proceden del «norte» sino de determinadas academias de solo tres países. Siendo más específicos que hablar de norte global –EE.UU., Reino Unido y Francia–, conviene anotar sus localizaciones significativas: U. de Chicago, U. de Texas, U. de Columbia, U. Johns Hopkins; Oxford, Cambridge, Londres, luego Manchester y ahora Aberdeen; y París, ¡siempre París! ¡Pero solo París! Es decir: la procedencia de aquellos a quienes elegimos, citamos y presentamos para organizar nuestra actividad intelectual se restringe a un puñado de universidades que ofician de metrópolis académicas y, sobre todo, de aliadas de los monopolios editoriales.

Aun cuando muchos comparten los lineamientos principales de este diagnóstico, ello no obsta para que el conocimiento de la

academia cercana haya sido postergado o suprimido, en beneficio de la academia lejana y central. Si bien parece que lo contrario a «antropologías del sur» es «antropologías del norte», en nuestro caso ese norte refiere a las academias que colindan con el Atlántico Norte. Ni las mediterráneas ni las bálticas ni las interiores; tampoco las del mar de la China o la tundra siberiana. De esas antropologías no sabemos prácticamente nada (y eso a pesar de que, en su primera edición, el subsidio de la Wenner-Gren Foundation a nuevos doctorados en antropología, fue destinado a la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, y a la Universidad de Mongolia). Dudo que sepamos cómo les fue a los mongoles, porque ellos son un claro ejemplo de «sur en el norte» (tampoco creo que ellos sepan cómo nos fue a nosotros. Por este medio, les aclaramos que ¡¡¡muy bien!!!).

Las identidades y las trayectorias de los fotografiados en nuestra breve galería se parecen más a las de un álbum familiar que solo hojearnos en un ataque de nostalgia. Pese a su emotividad, esta disposición tiene consecuencias muy serias (acaso negativas) en nuestra posición como antropólogos latinoamericanos.

Nuestros antecesores, como nosotros, trabajaron y aprendieron a formular sus problemas antropológicos en nuestro propio idioma, desde nuestras realidades y en coyunturas distintas que se vinculan inexorablemente con la del presente (aunque no sepamos cómo y debamos averiguarlo). Además, ellos formulaban sus problemas inspirados o interpelados por estructuras que son básicamente las mismas que nos inspiran e interpelan hoy, frente a Estados que, con excepciones, observan una notable continuidad. También formulaban sus problemas desde y a través del trabajo etnográfico. Allí «aprendieron a aprender» como los instruyeron aquellos a quienes querían conocer. Allí aprendieron cómo estos operaban ante y con el Estado y frente a las crisis sociales (fascículo con porte de pequeño libro para divulgación *El cabecita negra*, de Hugo Ratier, 1969, es un ejemplo). Allí, también, nuestros predecesores aprendieron cómo presentarse y cómo presentar sus investigaciones, y así supieron qué se esperaba de ellos y de sus roles en campo. Y allí, en el campo, aprendieron las consecuencias de las buenas y malas decisiones sociales y políticas en los tiempos por venir (ver Archetti

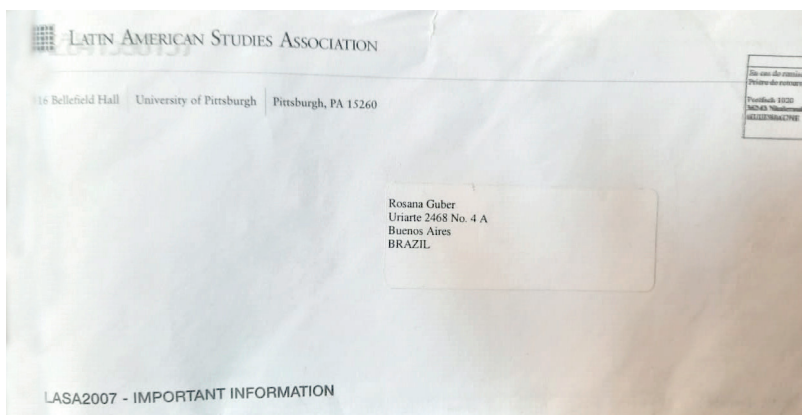
1988/2020 para una crítica de un movimiento agrario al que estudió profunda y comprometidamente). En suma, nuestros mayores nos mostraban cómo, de dónde resultaban y para qué investigaban lo que investigaban, precediéndonos en el tiempo, pero en el mismo país y a lo largo de hebras de vasta continuidad histórica. Ellos nos mostraron no solo cómo sus interlocutores en campo se enfrentaban a y resolvían las determinaciones que condicionaban sus vidas; también nos mostraron las distintas alternativas con que nuestros colegas mayores las enfrentaron (Sariego 2018; Maldonado 2018). ¿Qué significa, si no, que somos antropólogos ciudadanos (Jimeno y David 2005)? ¿O acaso la organización de la ciudadanía se forja de repente, sin historia ni experiencia?

Entretanto, a quienes hacemos antropología, nos cabe la plena responsabilidad de venir ignorando este verdadero «capital». Decidimos abandonar la casa materna en busca de novedades y títulos legitimadores. Muchos regresamos, sí, pero trayendo nuestras maletas repletas de novedades teóricas. Esas novedades provenientes de los puntos destacados –un Oxbridge (un modo de llamar conjuntamente a las universidades británicas Oxford + Cambridge), un CUNY (City University of New York)– inundaron nuestras academias con la invalorable ayuda de la «compresión témporo-espacial» como la bautizara David Harvey, que reforzó la internet y el acceso libre. Entonces, empezamos a hablar en clave de algunos autores, sin que ello implicara entender sus dilemas y debates y las razones de ciertos conceptos. A diferencia de los años 60-70, la importación hoy no nos sirve para complementar discusiones y resolver problemas regionales. Nos sirve para publicar un artículo en revistas francesas y norteamericanas indexadas por los pulpos editoriales, y para ganar capital académico en nuestros propios medios (dudo que en aquellos). Que esto es así lo confirma, explícitamente, el que en algunas universidades latinoamericanas se le paga hasta 2000 dólares estadounidenses y se exceptúa del dictado de un curso a quien logre «meter un artículo» en las revistas del sistema Scopus, generalmente de acceso limitado (pago) y además en inglés. Hoy quien publica en las revistas nordatlánticas tiene más oportunidades de desarrollar «exitosamente» su carrera

científica en el sur, que alguien que solo publica en América Latina. Sin embargo, todo tiene su precio. Quien envía un artículo a una revista Scopus puede recibir una evaluación que condicione la aceptación a la incorporación de ciertas referencias bibliográficas (que probablemente no agreguen mucho a lo ya escrito, pero que, sin duda, le agregará al evaluador anónimo, a ganar una referencia más a su persona, en el *Citation Index*).

Hay mucho que investigar si queremos entender este complejísimo proceso que nos ha llevado a insertarnos (o a creer que nos insertamos) en los debates globales (del Atlántico Norte), suponiendo que somos los adalides de la igualdad y el progresismo y olvidando, a veces por completo, las contribuciones de nuestros colegas actuales y de nuestros predecesores, tan apasionadas como las nuestras, a nuestras mismas realidades.

Si no los invitamos a nuestro tiempo y les permitimos cuestionar nuestras miradas y poner en duda nuestras aseveraciones, ellos seguirán ahí lejos, con sus fotos, en el pasillo polvoriento de los recuerdos, sin presencia teórica, ni etnográfica, ni regional. No se lo merecen ellos; tampoco nosotros que, por el momento, seguimos queriendo reflejarnos en un mal espejo, como dice este sobre que llegó dos veces a mi antiguo domicilio.



Así que, por las dudas, hagamos algunas aclaraciones sobre las fotos del comienzo, y vayamos al cierre de este artículo:



Isabel Aretz (Buenos Aires 1909 - San Isidro 2005).

Etnomusicóloga y folkloróloga, discípula del argentino Carlos Vega. Emigró a Venezuela donde se casó con otro musicólogo y folklorólogo, Luis Felipe Ramón y Rivera. Autora de *El folklore musical argentino*. Quizás alguien en la antropología argentina sepa que regresó al país tras la muerte de su marido. Lo más probable es que la hayamos olvidado... prematuramente.



Ángel Palerm Vich (Ibiza 1917 – México D. F. 1980).

Antropólogo social español-mexicano. Emigró a México en 1939 tras la Guerra Civil Española. Tuvo una gran influencia en la renovación de la antropología mexicana y latinoamericana de los años 50-70. Autor de *Historia de la etnología*, es siempre citado con gratitud por Esteban Krotz como su «maestro».



Virginia Gutiérrez de Pineda (Colombia 1921-1999).



Antropóloga social, pionera de la antropología de la familia y la antropología médica, publicó *Familia, cultura en Colombia* (1963), *Medicina tradicional en Colombia: magia, religión y curanderismo* (1985) y *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal* (1988). Obtuvo la principal distinción de su país, la Cruz de Boyacá, y en 2016 se estampó su imagen en billetes de circulación nacional.



Renzo Pi Ugarte (Durazno 1934 – Montevideo 2012).

Uno de los fundadores de la antropología en la República Oriental del Uruguay. Profesor en la Universidad de la República, y considerado un maestro por la mayor parte de los colegas uruguayos contemporáneos, es autor de *Los indios del Uruguay*.

Agradezco a Myriam Jimeno por su guía para conocer a Virginia Gutiérrez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Archetti, Eduardo 1984/2020. «Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe, 1971-1976». Guber, R. y Lía Ferrero (orgs.) *Antropologías hechas en la Argentina*. ALA, pp. 525-546.
- Guber, Rosana 2019. «Conociendo a Marit Melhuus, una compañera noruega de la antropología argentina». *Revista del Museo de Antropología de Córdoba* 12(3): 97-123.
- Hermitte, Esther 1970. *Poder sobrenatural y control social*. México D. F., Instituto Interamericano Indigenista.
- Hermitte, Esther 1972/2020. «¿Patronazgo o cooperativismo?». Guber, R. y Lía Ferrero (orgs.) *Antropologías hechas en la Argentina*. ALA, pp. 463-486.
- Jimeno, Myriam y David Arias 2011. «La enseñanza de antropólogos en Colombia: una antropología ciudadana». *Alteridades* 21(41): 27-44.
- Maldonado Aranda, Salvador 2018. «Despejando caminos inseguros. Itinerarios de una investigación sobre la violencia en México». Guber, R. (org.) *Trabajo de campo en América Latina*, Buenos Aires, SB, pp. 527-546.
- Ratier, Hugo 1969. *El cabecita negra*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Sariego Rodríguez, Juan Luis 2018. «El oficio de antropólogo en contextos de violencia. Reflexiones desde Chihuahua». Guber, R. (org.) *Trabajo de campo en América Latina*, Buenos Aires, SB, pp. 547-558.

ROSANA GUBER es doctora en Antropología Social en la Universidad Johns Hopkins y dirige la Maestría en Antropología Social del IDES-IDAES, UNSAM, Argentina. Estudia el método etnográfico (*El Salvaje Metropolitano*, 1994; *La Etnografía*, 2001), la antropología de la antropología argentina (*La articulación etnográfica*, 2013) y las experiencias sociales y bélicas argentinas en la Guerra de Malvinas (1982) (*De chicos a veteranos*, 2004; *Experiencia de halcón* 2016).